

LA INTELLIGENTSIA: ESCENARIOS INSTITUCIONALES Y UNIVERSOS IDEOLOGICOS

José Joaquín Brünner
Investigador de FLACSO

Durante estos 16 años de régimen militar, la sociedad chilena ha sufrido importantes transformaciones. Este artículo analiza la emergencia de los nuevos escenarios institucionales y las transformaciones culturales de la *intelligentsia* chilena, que en las palabras del autor, "obligada a vivir tiempos interesantes, está en camino de aprender a reflexionar."

INTRODUCCION

Según escribió Lewis Coser en uno de sus finos análisis sobre los "hombres de ideas", los grupos humanos sólo pueden desarrollarse si encuentran escenarios institucionales favorables. Para que la vocación intelectual pueda llegar a ser socialmente factible y reconocida -señala Coser- se requieren por lo menos dos condiciones esenciales. Primero, los intelectuales necesitarían un auditorio; un círculo de personas a las cuales ellos puedan dirigirse y que estén en condiciones de otorgarles reconocimiento. La segunda es que los intelectuales requerirían un contacto regular con sus congéneres, ya que sólo a través de esa comunicación podrían desarrollar normas comunes de método y excelencia para guiar su comportamiento. A esos espacios de intermediación de los intelectuales entre sí y de ellos y sus públicos, Coser lo llama *escenarios institucionales* para las actividades de los intelectuales¹.

La *intelligentsia* chilena pre-golpe militar tuvo sus propios escenarios institucionales en el sistema universitario, los partidos políticos, los medios de comunicación de masas y la red de instituciones académicas no universitarias -especialmente internacionales-. Estos escenarios le permitieron a sus miembros desarrollar sus actividades, interactuar entre sí y comunicarse con sus públicos, obteniendo audiencia y reconocimiento. Pero, además, ellos encontraron en esos espacios un *mercado de posiciones* laborales que facilitó su rápida profesionalización, proporcionándole acceso hacia la opinión pública de élites y la política. Las universidades y los grupos institucionales semiautónomos localizados fuera del sistema universitario le otorgaron asimismo un amplio grado de independencia, una base estable de operaciones y medios suficientes para difundir sus diagnósticos, interpretaciones y propuestas.

1. Véase Coser, Lewis, *Hombres de Ideas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1968.

Primó en esos escenarios un tipo de intelectual que puede llamarse globalizante o totalizador, cuya pretensión radicaba en generar una imagen general sobre la sociedad, un diagnóstico de la totalidad, y en proponer modelos alternativos para su reestructuración. En parte esto se explica seguramente por la cercanía de la *intelligentsia* local con respecto al campo político. A éste, en efecto, se ingresaba más fácilmente por la vía de diagnóstico y propuestas globales que por la vía de los argumentos localizados, fragmentarios y especializados que se dirigen a uno solo de los subsistemas de la sociedad o, más reducidamente aún, a una sola dimensión de ellos. Por otro lado, el escenario institucional de apoyo a la *intelligentsia* local definía el rol de ésta casi exclusivamente en torno a la función de producción de ideologías. Su gran opinión pública y a la política (constelación que además se hallaba financiada por recursos públicos "no atados") la llevaba a buscar reconocimiento en ese plano puramente discursivo, apartándola de las tareas instrumentales y especializadas o de una producción de conocimientos dirigida a objetivos específicos de gestión u organización. Pero la *intelligentsia* chilena se organizó no sólo a partir de condiciones institucionales favorables sino, además y muy decisivamente, en torno a ciertos principios y contenidos.

Mirado en su composición de conjunto, el universo ideológico producido por la *intelligentsia* chilena -al interior durante la década de 1960 y hasta 1973- apareció estructurada en torno a tres ejes fundamentales.

El primero, fue el de la revolución/refundación de la sociedad. Movilizado por las culturas intelectuales socialcristianas y de izquierdas sobre la base de un diagnóstico de crisis integral de la sociedad y la propuesta de modelos sustitutivos del orden existente, éste suponía la radical modificación de las estructuras y relaciones establecidas. En torno a este eje se estructuró uno de los *clivajes* mayores del universo ideológico pre-1973, y su traducción sociopolítica y cultural condujo a la polarización ideológica, extremando la percepción de amenaza y el defensismo de la cultura política de la derecha. Por otro lado, la existencia de este eje estructuró el campo ideológico en torno a una competencia de modelos globales de sociedad, otorgando a las ideologías una intensidad y un carácter totalizante.

El segundo eje fue de la supresión del pasado. El universo ideológico local funcionó, hasta 1973, produciendo una permanente "fuga hacia adelante". Los contenidos, utópicos primaban sobre los contenidos orgánicos de realidad. La historia pasó a ser percibida como un puro terreno de lucha ideológica, y no como el lugar de sedimentación de las tradiciones. El pasado era la crisis que se manifestaba en el presente y que, por eso, necesitaba superarse. La densidad de las experiencias acumuladas era continuamente desvalorizada en función de las propuestas que prometía un futuro mejor. La cultura intelectual de la *intelligentsia*, con la excepción de un delgado segmento en la intelectualidad de derechas, miró casi exclusivamente hacia el presente y en dirección del futuro, suprimiendo el pasado como un peso o inercia conservadora.

El tercer eje era la centralidad de la política. La *intelligentsia* local, en sus tres sectores principales (Centro, Izquierda y Derecha), definía a la política como su foco de atención pues era percibida como el camino más corto para realizar las ideologías; como un vehículo de propuestas globalizantes de transformación de la sociedad, y no como un subsistema limitado que regula la competencia intrapartidista y permite la selección de los grupos que debe

acceder periódica y alternativamente al poder. La política por lo tanto, se cargó de promesas y se saturó de expectativas, ya que parecía la fuente de todas las energías de cambio en la sociedad. Esta última no se construía "desde abajo", gradual y productivamente, sino "desde lo alto", por medio de comandos político-administrativos y legislativos. En suma, la sociedad no era que se producía a sí misma, sino que ella debía ser producida por la política. El Estado ocupaba un lugar crucial en las ideologías de la *intelligentsia* local precisamente porque representaba la encarnación y la expresión superior de la política.

Con el golpe militar del año 1973, el escenario institucional de la *intelligentsia* local se vio abruptamente modificado, alterándose las relaciones que los diversos sectores mantenían entre sí y con el sistema universitario, el sistema político, el sistema de medios de comunicación y el sistema de instituciones no-universitarias de análisis social.

I. UN NUEVO ESCENARIO INSTITUCIONAL

LA UNIVERSIDAD

Inmediatamente de producido el golpe militar, las 8 universidades entonces existentes en el país fueron *intervenidas* por el poder militar, sometidas al control directo del Gobierno y "depuradas" de su pluralismo académico previo². Uno de los sectores universitarios más pronta y masivamente afectado por esas medidas fue aquel constituido por los núcleos, departamentos y centros de análisis social, tanto los de carácter disciplinario como aquellos con una definición temática. La sociología y la ciencia política prácticamente desaparecen dentro del sistema universitario y se clausuran los más conocidos centros de investigación social, como el CESO y el CEREN³.

Un segmento de la *intelligentsia* que había encontrado su espacio en la universidad, especialmente a partir de 1967 en adelante, es expulsado o debe abandonar sus posiciones académicas⁴.

Las unidades que se ocupaban de la investigación y docencia en el campo de la economía, en cambio, experimentan un tratamiento distinto. Son "depuradas" gradualmente de aquellos académicos identificados con las constelaciones culturales de izquierda y democristiana pero mantienen su status institucional, colocándose bajo el control ideológico exclusivo de aquellos sectores de la *intelligentsia* local que compartían las orientaciones del régimen militar.

En suma, las universidades pierden su autonomía, reducen drásticamente su pluralismo y amputan un sector -el de las ciencias sociales no-económicas- que hasta entonces había servido como uno de los ámbitos más dinámicos de sustentación y proyección de la *intelligentsia* local.

2. Ver Brünner, José Joaquín, *Informe sobre la educación superior en Chile*, FLACSO, Santiago de Chile, 1986.

3. Ver Garretón, Manuel Antonio, *Las ciencias sociales en Chile*, Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile, 1982.

4. Ver Garretón, Manuel Antonio y Pozo, Hernán, *Las universidades chilenas y los derechos humanos*, FLACSO, Santiago de Chile, 1984.

Con posterioridad a 1980, el Gobierno Militar introduce una amplia reforma en el sistema de enseñanza superior, incentivando la creación de nuevos establecimientos universitarios, promoviendo la creación de dos niveles adicionales de instituciones de educación terciaria (los institutos profesionales y los centros de formación técnica), facilitando la generación de un mercado privado de ofertas educacionales en los tres niveles del sistema e introduciendo el principio de la educación pagada, aunque parcialmente subvencionada por un sistema de crédito fiscal para alumnos de escasos recursos. Sin embargo, a lo largo de este período se mantienen la intervención gubernamental de las universidades y las restricciones al pluralismo. Las ciencias sociales no-económicas permanecen marginadas o, cuando se les abre un mínimo espacio de desarrollo, se les mantiene bajo riguroso control ideológico o se limita su actuación, de preferencia, a la enseñanza⁵.

Dicho en pocas palabras, el sistema universitario pierde importancia como base de operaciones para la *intelligentsia* local.

LA POLÍTICA

Los partidos políticos son proscritos y suprimidos al momento de acceder las Fuerzas Armadas al Gobierno, clausurándose sus espacios normales de actuación, el Parlamento, los medios de expresión partidarios, el acceso a la opinión pública y a las redes de "clientelas políticas", las elecciones, el proceso legislativo y la intermediación con el aparato estatal⁶.

Las agrupaciones políticas de izquierda, primero, y luego las del centro, en particular la Democracia Cristiana, son obligadas a sumergirse bajo la superficie pública y deben desarrollar en adelante sus actuaciones, por cerca de una década, por debajo del umbral de la legalidad, en diversas situaciones de clandestinidad o semiclandestinidad. El principal partido de la derecha se autodisuelve y ella reorganiza sus formas de acción por medio de las corporaciones empresariales, sus varios grupos de presión, sus redes informales de influencia, sus medios de comunicación y, sobre todo, a través de la formación de un nuevo segmento tecno-burocrático que gradualmente se hará cargo de las principales funciones de gestión del aparato estatal y de las políticas del Gobierno. Dicho segmento, unificado ideológicamente en torno a una propuesta o "modelo" de desarrollo, generará con el correr de los años una *nueva intelligentsia* de derecha identificada con el pensamiento neo-liberal. Surgida desde el interior de las funciones públicas y de la gestión o dirección en el sector empresarial privado, dicha tecnocracia asumirá la conducción de la economía y de las políticas sectoriales, mientras las Fuerzas Armadas se reservan para sí el control superior del Estado, la utilización de los medios de violencia (la represión) y la conducción del proceso político.

En suma, el campo de la política se estrecha, pierde su carácter representativo, plural y competitivo, deja de cumplir funciones de intermediación y pasa a ser monopolizado por el Estado, especialmente a través de sus segmentos militar y tecnocrático.

5. Ver Brünner, José Joaquín, *Informe sobre la educación superior...*; op. cit.

6. Ver Garretón, Manuel Antonio, *El proceso político chileno*, FLACSO, Santiago de Chile, 1983.

El espacio público, como ámbito de debates y de expresión de ideologías competitivas, es reducido drásticamente tras el golpe militar y sus límites y reglas de acceso y funcionamiento son fijadas administrativamente por el Gobierno Militar⁷. En adelante se transforma en un espacio amplificador de la voz oficial donde la acción gubernamental busca justificarse y procura para sí un mínimo grado de legitimidad. A este efecto se irá generando con el correr del tiempo una especie de amalgama o síntesis ideológica que conforma lo que en otras oportunidades hemos llamado una ideología o *concepción autoritaria del mundo social*⁸. Concurren a ella la ideología de las Fuerzas Armadas, expresada como doctrina de la seguridad nacional en torno a los motivos de la lucha contra el "enemigo interno" y la subversión; la ideología neo-liberal, producto combinado de los segmentos tecno-burocráticos y de la *nueva intelligentsia* de la derecha; y una variedad de retóricas político-ideológicas provenientes de diversos círculos identificados con el Gobierno Militar, tales como la retórica católica tradicional, la retórica nacionalista y la retórica gremial-corporativista.

Al mismo tiempo, y con particular intensidad después de 1980, se irá modificando la estructura institucional y de medios sobre la cual el espacio público se levanta a la manera de una superestructura⁹. La televisión se difunde masivamente, llegándose pronto a la situación en que casi todos los hogares poseen un receptor. Se difunde asimismo de manera generalizada el radioreceptor. Los medios de prensa, reducidos casi exclusivamente al sector de la cultura política oficial, empiezan lentamente a diversificarse con posterioridad a 1980, al surgir una serie de revistas "alternativas" que circulan en los márgenes del mercado primero y empiezan a abrirse paso dentro de él con posterioridad.

Al interior de este espacio público transformado bajo el doble impulso del control ideológico provisto por el Gobierno Militar y de la acelerada recomposición técnica de su estructura comunicativa, la *intelligentsia* oficial encontró un ámbito privilegiado para la expansión de su voz. Ella habla prácticamente sola y con el apoyo de medios poderosos; su voz no puede ser contestada y sus enunciados no entran en competencia con argumentos contrarios o disidentes. No hay crítica ni oposición. Bajo estas condiciones favorables, durante un periodo de varios años, los diagnósticos, interpretaciones y propuestas de la *nueva intelligentsia* de derecha adquieren un peso incontrarrestable y comandan sin contrapeso alguno el espacio público.

7. Ver Brünner, José Joaquín, *La cultura autoritaria en Chile*, FLACSO y Universidad de Minnesota, Santiago de Chile, 1981.

8. Véase Brünner, José Joaquín, "Ideología, legitimación y disciplinamiento: nueve argumentos" en Vv.Aa. *Autoritarismo y alternativas populares en América Latina*, FLACSO, San José de Costa Rica, 1982 y Brünner, José Joaquín, *La cultura autoritaria en Chile*, op. cit. cap. 2, "La concepción autoritaria del mundo".

9. Para un análisis detallado véase Brünner, José Joaquín; Catalán, Carlos y Barrios, Alicia, *Chile: Transformaciones culturales y conflictos de la modernidad*, FLACSO, Santiago de Chile, 1989 (en prensa).

Forzado a emigrar de la universidad e impedido de acceder a otros espacios oficiales, un sector de la *intelligentsia* disidente debió crear sus propias organizaciones o aprovechar, y ensanchar, la existencia de los grupos semi-autónomos que, como vimos, se habían desarrollado durante las décadas previas al margen del sistema universitario. De allí nacería el fenómeno de los *centros académicos independientes* de ciencias sociales que, con el correr del tiempo, se transformarían en un verdadero sector de sustento institucional para la *intelligentsia disidente*¹⁰.

El movimiento de formación y consolidación de este sector aprovechó para sí las dinámicas de diferenciación y proliferación institucionales que, con una inspiración y orientación diversas, impulsaba el Gobierno militar dentro del sistema universitario y de investigación científico-tecnológica. Con todo, el proceso en el caso de los centros académicos independientes posee características propias. Se erige como un sector no reconocido oficialmente y sin apoyo de recursos financieros, o de cualquier tipo, de orden local. Recurre por tanto para su financiamiento al mercado internacional de subsidios provistos por agencias privadas y públicas de los Estados Unidos, Canadá y los países de Europa occidental. Sus actividades se centran en torno a la investigación con base disciplinaria pero temáticamente definida, dando lugar a un intenso movimiento de especialización en el ámbito local de las ciencias sociales¹¹. En la mayoría de dichos centros la orientación netamente académica se combina con orientaciones, de diverso grado y amplitud, dirigidos hacia la investigación-acción, la intervención social, el desarrollo local, la asesoría política, la asistencia técnica y las tareas de extensión. De la combinación de esas orientaciones nacen asimismo centros con una variedad de definiciones organizacionales, localizándose a lo largo de un espectro que corre entre una definición propiamente académica y, en el otro extremo, la definición de grupos que apoyan la acción social comunitaria, sindical, partidaria, de defensa de los derechos humanos o de organismos de iglesia.

Durante los 16 años de existencia del régimen militar, este sector de centros académicos independientes ha servido de base de operaciones y de proyección a la *intelligentsia* disidente, proveyendo un mercado de posiciones, un público de pares, un sistema de comunicación y reconocimiento, una plataforma de contactos con diversas asociaciones y movimientos sociales y una puerta de entrada y salida hacia el mundo académico internacional.

La producción de esa *intelligentsia* disidente generó, por su parte, una corriente continua de diagnósticos, interpretaciones y críticas frente a un amplio espectro de temas y problemas de la sociedad chilena, abarcando desde la economía hasta la cultura atravesando los diversos sectores sociales: salud, educación, medios de comunicación, institucionalidad política, derechos

10. Ver Brünner, José Joaquín y Barrios, Alicia, *Inquisición, mercado y filantropía. Ciencias sociales y autoritarismo en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay*, FLACSO, Santiago de Chile, 1987.

11. Ver Brünner, José Joaquín, "Especialización temática y estrategias disciplinarias en el desarrollo actual de la sociología en Chile", en Barrios, Alicia y Brünner, José Joaquín, *La sociología en Chile: instituciones y practicantes*, FLACSO, Santiago de Chile, 1988.

humanos, el agro, la pobreza urbana, el desarrollo local, la organización sindical, etc.

Durante un largo tiempo esta producción de conocimientos permaneció relativamente sumergida, circulando casi exclusivamente entre grupos que se autodenominaban como "alternativos" y alimentando al campo político opositor proscrito, sin acceder salvo marginalmente al espacio público oficial. Hasta comienzos de los años 80, efectivamente, el control sobre el acceso al espacio público estaba fuertemente restringido, imperando la censura sobre las publicaciones, incluso académicas, y un bloqueamiento por parte de los medios de comunicación oficialistas hacia cualquier tipo de estudios e información proveniente del sector excluido o disidente. Con posterioridad al año 1980, sin embargo, el control oficial se irá agrietando lentamente y empezarán a surgir los primeros medios de comunicación alternativos. Al tiempo que los partidos políticos resurgirán y el espacio público comenzará a poblarse de voces disidentes.

En un medio institucional hostil, entonces, la *intelligentsia* disidente logró con todo reorganizarse, especialmente bajo la forma de grupos semi-autónomos que dieron lugar, ya en su pleno desarrollo, a un sector de centros independientes dotados de recursos y generadores de una intensa producción intelectual la cual se iría abriendo paso progresivamente hacia la esfera pública regimentada por el Gobierno autoritario. La propia producción de esos núcleos, en parte como resultado de las condiciones en que debió operar y desarrollarse, se desenvolvió a lo largo de líneas que constituyen una innovación respecto a los patrones predominantes en la década inmediatamente anterior al golpe militar. La pretensión de incidencia ideológica disminuyó a la par con la pérdida de centralidad del sistema de partidos. La necesidad de procurarse competitivamente recursos en un mercado internacionalizado de subsidios obligó a los centros a especializarse y a ganar prestigio y visibilidad en unos pocos temas o en torno de unas pocas líneas de investigación y reflexión. La dinámica interna de ese mismo mercado, sujeta a orientaciones y estándares provenientes del mundo desarrollado, imprimieron a las actividades locales de la *intelligentsia* unas exigencias y orientaciones que pueden resumirse aproximadamente mediante tres fórmulas anglosajonas: "publish or perish", "nononsense" y "accountability". Consiguientemente se incrementó la productividad del trabajo local, la seriedad del trabajo se asumió como un valor y la posibilidad de subsistir en ese mercado quedó sujeta a la evaluación de resultados.

Como veremos de inmediato, el nuevo escenario institucional condicionó, asimismo, transformaciones en el universo ideológico de las *intelligentsias* locales y en el desarrollo de sus culturas intelectuales.

II. UN NUEVO UNIVERSO IDEOLÓGICO

Los años posteriores al golpe militar han sido, efectivamente, fecundos en transformaciones del universo ideológico de la *intelligentsia* local. Sobre todo en los dos polos más alejados entre sí del espectro ideológico, dicho universo ha experimentado mutaciones importantes, dándose lugar incluso a una redefinición de los ejes en torno a los cuales se estructura.

Habiendo alcanzado con posterioridad a 1973 las condiciones más favorables para su propio desarrollo, dicha cultura experimentó, simultáneamente, una fuerte mutación durante este período, incorporando por primera vez un fuerte componente teórico.

En efecto, bajo la presión de explicar, justificar y conducir un drástico proceso de reformas políticas, sociales y económicas, y dentro de un cuadro ideológico internacional de ascenso del pensamiento neoliberal, emerge en Chile una *nueva intelligentsia* de derecha que se articula inicialmente en torno a una visión del desarrollo capitalista abierto a los mercados internacionales y que, en una siguiente etapa, universaliza esa visión en torno al potencial transformador de los mercados aplicados a los diversos sectores de la vida nacional. Así, esta visión evoluciona desde un programa de políticas económicas, inicialmente inspirada por el pensamiento de la Escuela de Chicago, hacia una ideología neoliberal totalizante que se alimenta y combina de manera heteróclita el pensamiento de Von Hajek, las propuestas económicas de Friedman, la crítica cultural desarrollada por algunos neoconservadores norteamericanos, las sugerencias políticas provenientes de la escuela del *public choice*, el catolicismo capitalista de Novak, etc.¹² La revista *Estudios Públicos*, editada por el centro académico del mismo nombre, ofrece a lo largo de su trayectoria la mejor compilación del modo cómo ese pensamiento ha sido recibido en Chile e incorporado por la *intelligentsia* al debate nacional.

Estamos aquí pues frente a una radical redefinición del universo ideológico de la derecha chilena. Este último se enriquece intelectualmente, se internacionaliza, genera una corriente de producción que compete con las culturas intelectuales alternativas y se aparta con todo ello, definitivamente, de la tradición puramente práctica, defensiva y adaptativa de la cultura intelectual de derecha pre-1973. Asimismo, la intelectualidad de derecha rompe mediante este proceso sus ligazones con la cultura católica tradicional y redefine su posición respecto al universo socialcristiano, aproximándose a éste, ahora, desde un ángulo neo-liberal, secularizado y moderno de defensa del individuo y del potencial transformador del capitalismo.

Las principales figuras de esa *nueva intelligentsia* de derecha continúan siendo provistas, hasta el presente, por los exponentes de una tecnocracia (habitualmente economistas) que levantan una pretensión ideológica más global, moviéndose en la continua tensión entre sus propuestas político-instrumentales (que llaman técnicas) y un pensamiento neoliberal más amplio y abarcante pero escasamente elaborado todavía en el interior del país. Con todo, este pensamiento le permite a la nueva *intelligentsia* de derecha hacer la crítica del socialcristianismo y del marxismo/socialismo, a la vez que la coloca en posición de beneficiarse del circuito latinoamericano e internacional que se ha ido estructurando en torno al auge de las ideas-fuerzas del mercado, la descentralización, el Estado-mínimo, la modernidad científico-tecnológica, la crisis y superación del marxismo, así como de la crítica a los fenómenos burocráticos en los países socialistas-soviéticos, el Estado-benefactor y empresarial y las capacidades previamente atribuidas a la planificación del desarrollo.

Sus desarrollos y evoluciones durante la última década y media se hallan situados bajo el signo de "pensar la derrota" y el fracaso histórico que desembocó en el golpe militar del año 1973. En lo principal pueden entenderse como orientados a resolver la vieja dicotomía entre *identidad revolucionaria* y *prácticas reformistas*. Los cambios seguidos para abordar ese *clivaje* han sido dos principalmente, que se mueven en direcciones opuestas.

Un sector de la *intelligentsia* de izquierda, aquella inscrita en el ámbito de influencia del Partido Comunista, ha buscado reducir la distancia entre identidad y prácticas, revisando estas últimas para ponerlas a la altura de la identidad revolucionaria del partido y su cultura. Sobre la base de un diagnóstico de lo ocurrido el año 1973 que, en lo básico, sostiene que la revolución socialista fracasó por desatender los aspectos militares de la lucha, la *intelligentsia* comunista y su partido redefinen a partir de 1980 su estrategia de acción, reconceptualizándola en términos de una línea de "rebelión popular de masas" que admite el uso de "todas las formas de lucha", incluso el recurso a los medios de violencia. No ha sido acompañado, sin embargo, tan importante giro político con una reflexión de similar peso y envergadura. Más bien, la adopción de la nueva línea política comunista es explicada en términos puramente tácticos o empíricos, como una necesidad impuesta por la coyuntura dictatorial y como una reacción frente al bloqueamiento de las alternativas democráticas de lucha.

En el sector socialista, por el contrario, bajo la influencia de una *nueva intelligentsia* de izquierda, surgida asimismo de la reflexión sobre la derrota y el fracaso del 73, se ha producido un amplio movimiento de renovación ideológica que busca, en este caso, acercar la identidad cultural previamente definida en términos revolucionarios a las prácticas reformistas que ahora pasan a argumentarse y justificarse bajo el doble compromiso con la democracia y con las exigencias del desarrollo nacional.

Este fenómeno local de renovación se da en un marco de profunda crisis del marxismo occidental, que sigue a su breve revitalización en torno a los años 70. En Italia, Francia y España, en efecto, las experiencias del eurocomunismo fracasan. El marxismo pierde vitalidad y prestigio en el campo intelectual internacional y, allí donde la retiene, se atrinchera en los ámbitos académicos desarrollándose casi como una subespecialidad disciplinaria. Paralelamente, en los 80, el "marxismo de tipo soviético" entra en un acelerado proceso de revisión y cambio. Su conexión inherente con experiencias autoritarias termina por ser reconocida casi universalmente, la petrificación que induce en los gobiernos y su acción comienza a ser cuestionada, su capacidad de socialización total de la población y de encuadramiento de masas empiezan a agrietarse por todos lados, su radical incomprensión de los fenómenos culturales explota en medio de estallidos de nacionalidades, de jóvenes, de sindicatos y de intelectuales y artistas; por fin, su confianza en el Estado, en las burocracias, en el partido único y en el centralismo ideológico pierde rápidamente legitimidad.

Más aún, el marxismo pierde su fuerza como corriente inspiradora del tercer mundismo, de manera semejante en África, Asia y América Latina. Su capacidad para desarrollar culturas gobernantes que puedan ofrecer simultáneamente desarrollo económico, igualdad social y libertad política es puesta en

tela de juicio por todos lados y empieza a dar lugar a nuevas exploraciones que se apartan de los modelos heredados del marxismo.

Todo lo anterior ha facilitado que en la cultura intelectual de izquierdas se inicie un radical cuestionamiento de las identidades revolucionarias y sus discursos. La propia idea de *la revolución* ha perdido su centro y ha empezado a desvanecerse del imaginario colectivo. Los anuncios reiterados de un agotamiento del capitalismo y su inminente desplome, fundamento necesario de esos discursos, suenan ahora simplistas y desprovistos de contenido empírico.

En este ocaso, los antiguos intelectuales revolucionarios con audiencia latinoamericana han casi desaparecido por completo: Regis Debray se incorpora al Gobierno de Mitterrand, Theotonio dos Santos trabajaba con Brizola en Brasil, Marta Harnecker discute textos clásicos desde Cuba, Juan Carlos Portantiero y otros argentinos han transitado hacia posiciones democrático-moderadas las que en su momento los acercaron al Gobierno de Alfonsín.

En Chile, particularmente, una nueva cultura intelectual empieza así a desarrollarse tras las banderas de ese movimiento de renovación las que son esgrimidas principalmente por un sector de la *intelligentsia* local de izquierdas¹³ y por un núcleo del grupo dirigente del socialismo¹⁴. Es una cultura que, a diferencia de lo que ocurría antes de 1983, se precia por haber reducido su carácter totalizante y que hace énfasis en sus componentes más especializados y de carácter político-instrumental. Que reflexiona y se construye a partir de una suerte de postmarxismo, abandonando con ello su coherencia dogmática interna y su adscripción paradigmática. De allí, asimismo, que suela criticarse su aparente pragmatismo o excesivo realismo, así como su repudio de las ortodoxias, elementos todos ligados a la identidad revolucionaria previa a 1973.

LA NUEVA CULTURA INTELECTUAL SOCIALCRISTIANA

Tal vez porque ella no experimentó el golpe de 1973 ni como una victoria de sus ideas ni como una derrota de ellas, las exigencias de reformulación y revisión han sido sentidas como menos urgentes o exigentes en el caso de la *intelligentsia* democristiana. Se mantiene así la desconexión tradicional entre el componente doctrinario de esa cultura intelectual y sus aspectos político-instrumentales. Aquel se hace cargo de alimentar, de manera es cierto cada vez más tenue, una cierta identidad expresiva mientras esos otros aspectos van ocupando el centro de la ideología democristiana. Desde esa última vertiente, la *intelligentsia* de

13. Algunos trabajos representativos de esta línea de pensamiento son: Moulian, Tomás: *Democracia y socialismo en Chile*; FLACSO, Santiago de Chile, 1983. Lechner, Norbert: *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*; FLACSO, Santiago de Chile, 1984. Tironi, Eugenio: *La torre de Babel. Ensayos de crítica y renovación política*; SUR, Santiago de Chile, 1984. Tironi, Eugenio: *El liberalismo real*; SUR, Santiago de Chile, 1986. Flisfisch, Angel: *La política como compromiso democrático*; FLACSO, Santiago de Chile, 1987. Brünner, José Joaquín: *El espejo trizado. Ensayos sobre cultura y políticas culturales*; FLACSO, Santiago de Chile, 1988. Lechner, Norbert: *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*; FLACSO, Santiago de Chile, 1988.

14. Véase por ejemplo, Vodanovic, Hernán: *Un socialismo renovado para Chile*; Editorial Andante, Santiago de Chile, 1988. Arrate, Jorge: *La fuerza democrática de la idea socialista*; Editorial Ornitórrinco, Santiago de Chile, 1985. Lagos Ricardo: *Hacia la democracia*, Editorial Documentas, Santiago de Chile, 1987. Lagos, Ricardo: "Chile, los grandes temas y tareas de la reconstrucción", VECTOR, en *Temas Socialistas* No 2, Santiago de Chile, 1984; y Lagos, Ricardo, respuestas en *Democracia y partidos*, FLACSO, Santiago de Chile, 1986.

este sector realiza sin embargo un amplio esfuerzo por "repensar el país", diagnosticando sus problemas, interpretando su evolución y formulando propuestas para su desarrollo futuro¹⁵. En este sentido puede decirse que la *intelligentsia* democristiana actual, en su vertiente técnico-política, continúa y hace avanzar la tradición de pensamiento de Jorge Ahumada, sin hacerse cargo, en cambio, de la continuidad de los esfuerzos para fundar una síntesis ideológica, tarea que como vimos había fracasado o quedado inconclusa en la etapa anterior a 1973.

Disminuye con ello asimismo, en el caso de esta cultura intelectual, la pretensión de ofrecer un modelo globalizante de reemplazo para el actual orden de la sociedad y, al igual que ocurre con la cultura de la izquierda renovada, se pierde parcialmente el perfil crítico de su ideología frente a las realidades del capitalismo y del desarrollo en curso en el país. La crítica ofrecida se sitúa, en cambio, en un nivel intermedio tratando de capturar los valores que la inspiran -heredados de la filosofía socialcristiana- y la complejidad de la realidad que se trata de transformar.

NUEVAS IDEOLOGÍAS, NUEVAS INTELLIGENTSIAS

Puede decirse, en conclusión, que el golpe militar introdujo un drástico cambio en las condiciones que conforman el escenario institucional de las *intelligentsias* locales, generándose, a la vez, intensos procesos de renovación en el universo ideológico que esos grupos contribuyen a alimentar y dentro del cual ejercen sus funciones comunicativas.

Seguramente es el término-clave de la *modernidad* el que mejor captura y expresa el movimiento de conjunto que ha estado experimentando esa doble realidad, material y simbólica, dentro de la cual existe y se desempeña la *intelligentsia* local. Su creciente secularismo, su mayor autonomía y profesionalización, sus grados más altos de internacionalismo, su énfasis en los aspectos instrumentales de la acción intelectual y el consiguiente abandono de las pretensiones globalizantes o de transformación de la "totalidad social" son rasgos todos ellos que conforman un universo intelectual moderno.

La *modernidad* conlleva una redefinición del rol del intelectual analista social. Este último se ve forzado a secularizar y especializar su función, y debe distanciarse de su tradicional función como representante, en el mundo simbólico, de la "totalidad social". Deviene así, paso a paso, en un intelectual atrapado dentro de la propia complejidad de los sistemas sociales que está llamado a diagnosticar, explicar, interpretar, mantener y criticar o transformar. En el mejor de los casos podrá aspirar a "pensar el país" desde un punto de vista ideológico y profesional localizado: como economista democristiano, como analista cultural de izquierda o como pensador neo-liberal de la política.

Surge así, en el horizonte inmediato, una *intelligentsia* consciente de sus propios límites y que redefine su papel en la producción de ideologías aceptando que éstas necesitan poseer un núcleo empírico y racional consis-

15. Trabajos representativos son, entre otros, los siguientes: Foxley, Alejandro: *Para una democracia estable*; Editorial Aconcagua-CIEPLAN, Santiago de Chile, 1985, Vv.Aa., *Reconstrucción económica para la democracia*; Editorial Aconcagua-CIEPLAN, Santiago de Chile, 1983 y Tironi, Ernesto: *Es posible reducir la pobreza en Chile*; Zig Zag, Santiago de Chile, 1989.

te, puesto que sólo bajo esas condiciones pueden ellas servir para abordar los problemas de la sociedad y para conducir hacia ellos las energías dispersas de los individuos y los grupos.

El universo ideológico de la intelectualidad transforma asimismo sus ejes de ordenación y orientación.

El eje de la revolución/refundación de la sociedad chilena, como hemos podido observar, se trasladó durante estos últimos años desde la izquierda del espectro intelectual hacia la derecha, pero en las nuevas condiciones democráticas tenderá seguramente a disolverse y desaparecer. Con ello se desvalorizará, asimismo, la producción de modelos globales sustitutivos del orden existente los que habitualmente implicaban la idea de una modificación radical de las estructuras y relaciones establecidas. Las líneas de diferenciación ideológica se desplazarán ahora, probablemente, hacia aspectos más programáticos que puramente expresivos y finalistas, llevando con ello a un cambio en el clima valórico dentro del cual se había desarrollado hasta el presente la *intelligentsia* local.

El eje de la supresión del pasado da paso por su lado, en las nuevas condiciones, a una preocupación preferente tanto por el pasado anterior a 1973 como por el pasado inmediato del régimen militar. La sociedad chilena necesita explicarse sus fracturas y los fenómenos de polarización ideológica y de represión política ocurridos durante las últimas dos décadas. El universo ideológico local dejará así de funcionar como una permanente "fuga hacia adelante". La atención volcada hacia el pasado anterior e inmediato permitirá reencontrar, a la vez, una visión más equilibrada y compleja de la propia historia del país, de sus tradiciones y de su desarrollo cultural. La historia perderá su levedad y el esfuerzo por explicarla se transformará en un campo central del trabajo intelectual y de la disputa ideológica.

La centralidad de la política se desplaza y redimensiona. La *intelligentsia* local, en sus tres sectores principales, no vive ya en la ilusión de que la política lo es todo y que todo puede ser resuelto políticamente. El propio ámbito de la política se encuentra, por tanto, en proceso de redefinición, proceso que no podrá sedimentarse y expresarse hasta que no se complete el proceso de transición y consolidación de un sistema democrático imperante. Pero parece evidente que las instancias y los instrumentos comúnmente asociados con la política -el Estado, la administración, la planificación, los partidos, entre otros- experimentan una pérdida de vigor simbólico y pasan a ser tratados, crecientemente, como realidades cuya legitimidad debe asociarse a la eficacia de sus rendimientos, sin revestirlos de una carga ideológica negativa o positiva de carácter cuasi-ontológico.

En suma, el universo ideológico de la *intelligentsia* local ha experimentado profundas transformaciones a lo largo de las últimas décadas. Sus bases institucionales se han modificado y diversificado y sus ejes de ordenación y orientación están en pleno proceso de redefinición. En este contexto, los propios intelectuales no han podido permanecer inmutables. Condenados a vivir "tiempos interesantes" es posible que estemos en camino de aprender a reflexionar.